

V a r i a

EXTENSION DE LA LENGUA IBERICA EN ANDALUCIA

Los estudios de don Manuel Gómez Moreno han permitido leer con toda certeza los textos en escritura ibérica. El mismo ha procedido lentamente, mediante tanteos y comprobaciones, sin ningún prejuicio lingüístico, y después de muchos años de la publicación del alfabeto ibérico (1) lanzó sus lecturas de las inscripciones del sur, que él llama tartesias (2).

Sin embargo, el estudio de las inscripciones del sudoeste (Algarbe y Alcalá del Río) nos lleva a separarlas de las del resto de Andalucía y a proponer el nombre de tartesio, precisamente para ese territorio. Ya hace tiempo que presentamos en un cuadro (3) los resultados de nuestro primer estudio y afirmábamos que la escritura del sudoeste no es silábica, sino alfabética. En cambio, la escritura de la mitad oriental de Andalucía, desde Obulco hacia el este, enlaza perfectamente, no sólo con el plomo de Mogente y los demás monumentos del sudeste, sino con todo el conjunto de las inscripciones ibéricas. La prueba de la unidad de lengua, desde el Guadalquivir medio hasta Ensérune, la aportamos aquí mismo, con el adjunto mapa, en el que varios puntos de Andalucía aparecen unidos por isoglosas, con los más diferentes puntos del mundo ibérico. Por otra parte, las palabras típicas del sudoeste (*saronah*, *konii*, *konθi*), faltan por completo en el sudeste, lo que parece comprobar lengua distinta.

En el mapa señalamos con método semejante al de Caro Baroja, en su artículo del *BRAH* XXVI, 1947, 187 ss. (= *HE* de Menéndez Pidal, 13, p. 681 ss.), las siguientes coincidencias:

adin en los nombres propios de *I-sce-r-a-d-i-n* (*MLI* 120, 11, Obulco) *Viseradin* (*CIL*

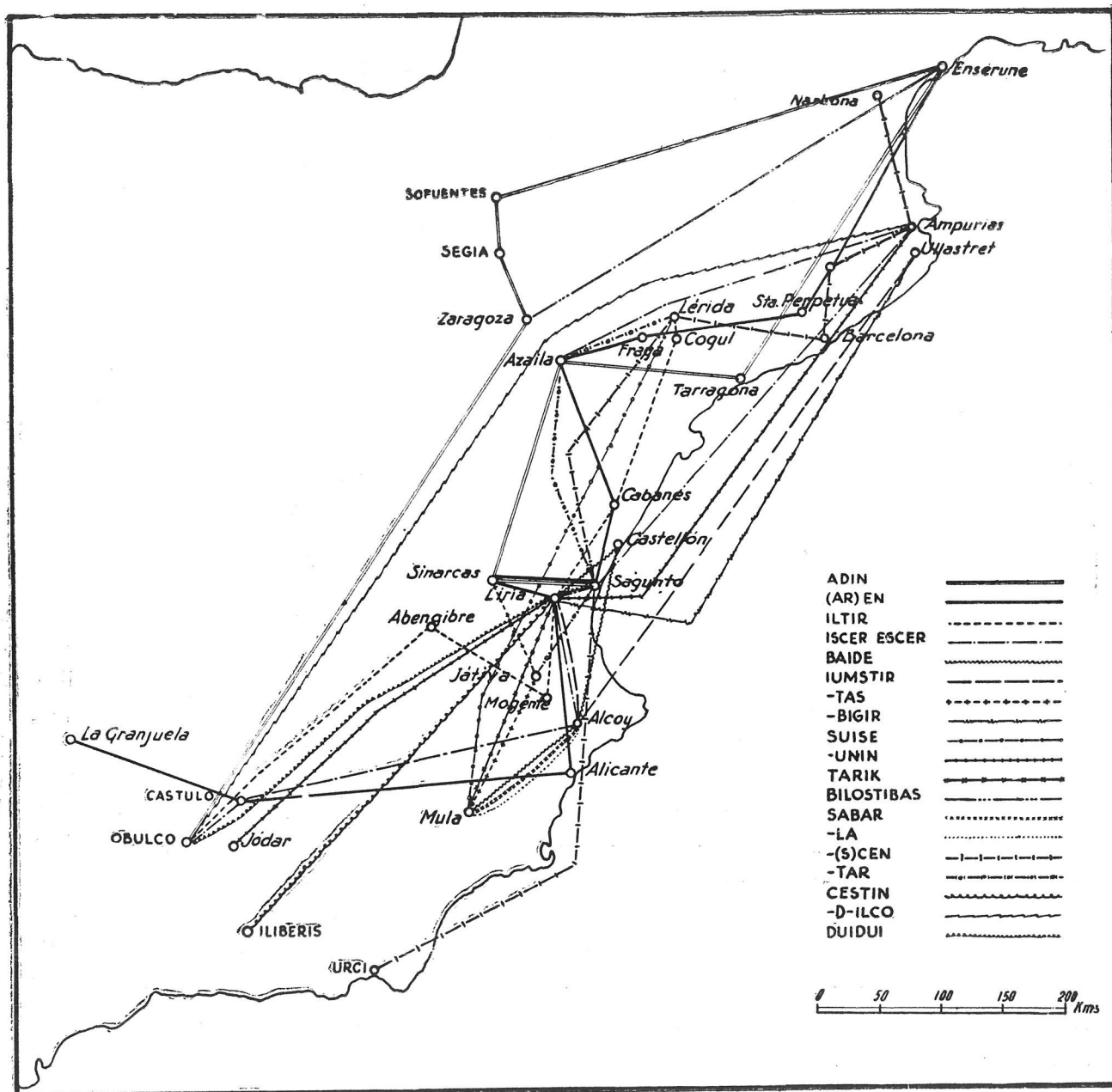
(1) *RFE* IX, 1922, 341 ss., *Homenaje Menéndez Pidal* III, 1925, 475 ss.

(2) *BRAH* CXII, 1943, 251 ss.

(3) *Archivo de Prehistoria Levantina* III, 1952, 257 ss.

II, 4450, Sinarcas), *Ba-l-ce-a-di-n* (Misc. 47, Sagunto), *A-di-n-be-l-a-u-r* (MLI VI, Tarragona), *I-l-du-r-a-di-n* (Misc. 31, Azaila), *Adingibas* (turma Salluitana, de Zaragoza), *Sosinaden* (turma Salluitana, Segia), *Turciradin* (CIL II, 2976, Sofuentes), *A-di-n-a-n-w-r* (Jannoray LXV 19, Ensérune).

(-ar)-en: *a-r-e-n* (MLI XLI XLIII, la Granjuela), *gi-cu-a-to-r-e-n* (MLI XLI, Cazlo-



Mapa de las coincidencias morfológicas o léxicas que prueban la unidad y extensión de la lengua ibérica.

na), *n-i-n-a-r-e-n* (AEA XXIII, 13, Alicante), *ba-ce-a-r-a-n-e-ba-i-e-n* (Misc. 74 f), *ca-r-bo-l-cu-n-e-n* (Misc. 74 e, Liria como la anterior y siguientes), *a-ce-l-n-a-te-n*, *e-ba-n-e-n*, (Misc. 75), *e-ba-n-e-n* (Misc. 76, Sinarcas), *e-ba-n-e-n* y *te-ba-n-e-n* (MLI XXXI, b; Misc. 46, Sagunto), *I-l-ti-rbi-gi-s-e-n* (Misc. 42 Cabanes), *bi-n-e-n* (Misc. 38 e, Izaila), *a-w-e-te-i-ce-o-e-n* (Misc. 23, Fraga), *e-ba-n-e-n* (Misc. 15, Sta. Perpetua), *S-o-r-i-s-ti-go-be-ce-n* (Misc. XI, Vich), *a-n-a-i-o-s-a-r-e-n-w-i* (VXI 11 y 12, Ensérune) y otros ejemplos en la misma localidad.

Ittir, elemento en los siguientes nombres: *I-l-ti-r-a-di-n* e *I-l-ti-r-te-o-r* (MIL 120, 12 y 13 Obulco), *i-l-ti-r-ti-ce-cu-gi* (Misc. 110 d, Abengibre), *u-o-r-i-l-te-r-ca-be* (plomo de Mogente), *-i-l-ti-r-bi-* (Misc. 74 b, Liria), *I-i-ti-r-bi-gi-s-e-n* (Misc. 42, Cabanes), *I-l-ti-r-da* (MLI 30, Lérida), *a-n-a-u-n-i-l-ti-r-t-n* (Misc. 22, Cogul).

iscerfescer: *I-s-ce-r-a-di-n* (MLI 120, 11, Obulco), *Sacaliscer* (MLI 118 t, Castulo), *sakarisker* (plomo de Alcoy), *s-a-ca-r-i-s-ce-r* (Misc. 74 g, Liria), *-e-s-ce-rti-ba-n* (Misc. 75), *sakarisker* (plomo de Alcoy), *s-a-ca-r-i-s-ce-r* (Misc. 74 g, Liria) *-e-s-ce-r-ti-ba-n-* (Misc. 75), *i-e-i-s-ce-r* (Misc. 49, Sagunto) ? *I-s-ce-r-be-l-e-s* (Misc. 99 s, Ampurias), *A-i-u-n-e-s-ce-r* (Misc. 32 a, Azaila).

baide: *ikbaide-* (plomo de Mula), *baidesiri* (AEA XXIII 211 s., Alcoy), *-baide* (Misc. 54, Liria), *ba-i-de-s-ba-n-i-e-ca-r-s-e* (Misc. 43, Castellón).

iunstir: *iunstir* (plomo de Alcoy), *i-u-m-s-ii-r* (Misc. 54, Liria), *i-u-[m]-s-ti-r* (tiesto inédito de Ullastret).

-tas: aparece como final en los siguientes nombres: *Lagutas* (plomo de Mula), *l-co-r-ta-s* (Misc. 109, Játiva), *I-l-du-ta-s* (Misc. 76, Sinarcas).

-bigir: *sa-r-e-s-bo-bi-gi-r* (Misc. 53 b, Liria), *-bi-gi-r* (tiesto inédito de Ullastret).

Suise-: primer elemento en la formación de los nombres *Suisetarten* (turma Sall., un ilerdense), *Suisebartas* (plomo de Mula).

unin: último elemento en *Galduriaunin*, mujer (CIL II, 5922, Jódar), *a-r-e-da-u-n-i-n* (Misc. 75, Liria), *s-i-co-u-n-i-n* (Zeph. II 104, Ampurias).

tarik: *v-ba-r-ta-r-i-ce* (Misc. 74 d, Liria), *tariḳ* (plomo de Mula).

Bilostibas: *Bi-l-o-s-ti-ba-s* (Jannoray LXVII 29, Ensérune), *Bilustibas* (un zaragozano en la turma Sall).

sabar: *sabar-* (plomo de Mula), *sabaridar* (plomo de Alcoy).

-la: *beliginela* (plomo de Mula), *dadula* (plomo de Alcoy).

·(s)cen: *N-e-r-o-n-ce-n* (MLI 1, Narbona), *U-n-ti-ce-s-ce-n* (MLI 3, Ampurias) *A-u-s-e-s-ce-n* (MLI 18, Vich), *L-a-i-e-s-ce-n* (MLI 19, Barcelona), *I-l-ti-r-ce-s-ce-n* (MLI, 31), Lérida), *A-r-s-e-s-ce-n* (MLI 40 a, Sagunto corr. por P. Beltrán, "Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Liria". Valencia, 1942, 14), *U-r-ce-s-ce-n* (MLI 116, Urci).

-tar: étnico en *S-a-i-ta-bi-e-ta-r* (Vives, "La Moneda hispánica", lám. VI, 18, Játiva), *A-r-s-e-e-ta-r* (MLI 40, Sagunto), *I-l-ti-r-ta-r* (Ampurias III 22, Lérida), *A-i-u-n-e-s-ce-r ta-r* (Misc. 32 a, Azaila).

cestin: *ce-s-ti-n* (MLI 128 h, Iliberis), *a-r-e-ca-ta-ce-s-ti-n* (Misc. 75, Liria).

·d-ilco: *Bo-di-l-co-s*, *Bodilcos* (MLI 120, 10 y 22 f, Obulco), *li-ca-s-ti-l-co-*[] Zeph. II 104. Ampurias).

duidui- coincidencia señalada por P. Beltrán, *Rev. Valenc. de Filol*, III 149 s. entre *du-i-du-i* (Liria, Fletcher "Inscripciones Ibéricas del Museo de Prehistoria", Valencia, 1953, IV), *Du-i-du-i-go-r-te-n* (MLI 120, 20 b, Obulco), y tal vez una palabra en lápida saguntina de insegura transcripción (MLI XXVII).—A. TOVAR.

NUEVOS HALLAZGOS DE CERAMICA IBERICA EN EL ORANESADO E ITALIA

Recientemente han sido publicados dos vasos ibéricos, inéditos, descubiertos, y de ello hace ya algunos años, en St-Leu (Orán) (1) y en Ostia (2).

El vaso hallado en St-Leu lo fué en 1936-37, durante las excavaciones, inéditas, realizadas por M. Vincent, en la necrópolis de *Portus Magnus*, población situada a unos 40 kilómetros al E. de Orán.

La tumba de cuyo ajuar formaba parte dicho vaso era de inhumación y consistía en una simple fosa cubierta por una losa de piedra. El ajuar se componía, aparte el citado vaso ibérico, de un plato de sigillata aretina, forma Drag. 17, mal clasificado por el excavador, y una lucerna del tipo llamado *de delfín*, también mal estudiada.

El vaso ibérico es un *oenochoe*, decorado con un pájaro, que recuerda mucho piezas similares del estilo Elche-Archena; vasos del águila de la colección Heiss y de Ampurias y una hoja de hiedra exenta, muy estilizada; según el excavador, el vaso, de pasta rojiza bien cocida, tiene un engobe de arcilla de color blanco grisáceo, que no falta en otras producciones de Archena.

La fecha de la colocación de este vaso ibérico en la tumba, a juzgar por los objetos que le acompañan, creemos puede ser precisada, cosa que el descubridor no ha hecho.

El plato de sigillata, de la forma Drag. 17, del que no se publica perfil, lo que nos impide afirmar más la clasificación, tiene el sello *P.COR.ATEI*, y las grafitos, que interpretamos nosotros: *RED ATEI*. Parece corresponder al prototipo del *segundo servicio* de Haltern, es decir, entre 20 a. d. J. C. y el 10 d. d. J. C.; igualmente la asociación de *Cornelius* con *Ateius*, nos indica nos hallamos en un período anterior al auge de este ceramista. Finalmente, la lucerna de tipo delfinoideo nos lleva a situar la fecha de la inhumación en un período anterior a los últimos años del reinado de Augusto, fecha en la cual aparece en el Mediterráneo Occidental la lucerna de volutas. Con ello, si bien no aparece muy precisa la fecha de la inhumación, queda ésta comprendida entre unos límites cronológicos muy próximos al cambio de Era (3). Asimismo y en las ruinas de *Portus Magnus*, han sido hallados fragmentos de cerámica ibérica con decoración vegetal, y otro, su forma no aparece clara, pero el tema decorativo lo acerca a algunos *thimateria* y tapaderas de Azaila, decorado con una cruz.

Asimismo, parece ser que a principios de 1953 P. Cintas ha hallado otros materiales ibéricos en una estación situada a 45 kilómetros al W. de Orán.

La publicación, tan esperada del primer volumen de la serie dedicada al estudio de las excavaciones de Ostia (4), nos ha dado a conocer un *khalthos*, incompleto, hallado en

(1) M.-M. VINCENT, "Vase iberique du Cimetière Est de Portus Magnus-St. Leu (Dept d'Orán)". *LIBYCA. Archeologie-Epigraphie*, I. 1953, p. 13-20, 5 figs. y II láms.

(2) "Scavi di Ostia; volume I; Topografia Generale", por G. Calza, G. Beccati, I. Gismondi, G. de Angelis d'Ossat, 250 págs. LX láms. Roma, 1953.

(3) Aun interpretando, lo que creemos inaceptable, la marca de la lucerna como de *Zoilus*, tal como propone Vincent, los resultados cronológicos son los mismos. puesto que este ceramista no es de Lezoux, como él cree, sino de Arezzo. No comprendemos cómo puede suponerse la aparición en una misma tumba, exceptuando el caso de reinhumaciones posteriores, de productos de cronología tan dispar como Arezzo y Lezoux, cuyos productos creemos no llegaron nunca al N. de Africa.

(4) El estudio de las cerámicas de Ostia debe ser realizado por la Dra. Floriani Scuarciapino en el volumen VI de la serie. Creemos que este método de publicar aparte la cerámica junto a una serie de ventajas, que somos los primeros en reconocer, tiene el defecto de presentar los materiales alejados del

niveles republicanos de la ciudad, erróneamente clasificado por Guido Calza, como cerámica etruscocampana (¡!). Lo descuidado de la técnica seguida en las excavaciones de aquella ciudad, pese a la magnífica estratificación de los restos, falta en absoluto el estudio estratigráfico, hace que su cronología sea incierta, aunque no puede remontarse, como se dice, al siglo IV, época de la fundación de la ciudad, puesto que las circunstancias del hallazgo, aunque no descritas con absoluta claridad, son evidentes; el fragmento hallóse formando parte de tierras de relleno, en un nivel muy superior al fundacional; por otra parte, el que, aunque ello no sea muy claro, parezca haber sido hallado con fragmentos de vasos italiotas, de figuras rojas, no creemos pueda ser considerado seriamente como elemento de datación, por tratarse de tierras de relleno.

El hallazgo corresponde a las llamadas construcciones D y F, superpuestas al estrato, que Calza juzga más antiguo y a un nivel de relleno que entra ya en la tercera etapa constructiva de Calza y que personalmente y atendiendo a la decoración del vaso, consideraríamos coetáneo de las murallas consideradas como silanas.

Si exceptuamos los ya bien conocidos hallazgos insulares en Ischia y Sicilia, este vaso de Ostia es hasta ahora el más meridional hallado en la Península Itálica y parece corresponder, a juzgar por lo señalado en las excavaciones de *Albintimilium*, a una etapa de máxima actividad en las exportaciones de este tipo de cerámica o del producto que envasaban, a las costas no hispánicas del Mediterráneo Occidental. Lástima es que la deficiencia técnica de las excavaciones de Ostia no haya permitido fechar este vaso con absoluta seguridad.—A. BALIL.

DOS VASOS DE SIGILLATA HISPANICA EN CESPEDOSA DE TORMES (Salamanca)

Los hallazgos cerámicos de época romana verificados en la provincia de Salamanca proceden casi siempre de una recogida casual o intencionada, pero muy pocas veces de una ordenada y metódica excavación. Por ello es siempre difícil y arriesgado el momento de atribuirles una fecha, sin ningún elemento de relación cronológica, pues sabemos cómo los tipos cerámicos perduran, salvo ligeras modificaciones, a través de varias centurias. El problema se complica cuando los restos cerámicos son procedentes de talleres hispánicos, ya que la terra sigillata hispánica está en los comienzos de su estudio (1). Las publicaciones de vasos hispánicos son aún escasas y urge el menudear las

ambiente arqueológico en que fueron hallados, y por otra parte, como en el caso presente, al ser tratados por distintos investigadores surgen disparidades de criterio que no pocas veces resultan inexplicables. Al mismo tiempo la exposición de cronologías de construcciones no acompañada de la evidencia de los materiales, en especial los cerámicos, que constituyen la base insustituible y más firme de toda cronología, produce en el lector una desagradable sensación de hallarse ante un caso más de "*magister dixit*" que no siempre, como en el caso de Ostia, es desacertada.

(1) J. SERRA VILLARO, "Cerámica de Abella, primer taller de terra sigillata descubierto en España", *M. J. S. E. A.* n.º 73, Madrid, 1924-25; Idem, "Estación Ibérica, termas romanas y taller de terra sigillata en Solsona", *M. J. S. E. A.*, Madrid, 1924.

B. SÁEZ MARTÍN, "Vaso de terra sigillata fabricado en España", *Publicaciones del Seminario de Historia primitiva del Hombre*, notas n.º 4, Madrid, 1948.

F. RUSSELL CORTEZ, "Da Terra sigillata tardía encontrada en Portugal". *Viseu*, 1951.

M.ª A. MEZQUÍRIZ, "Sigillata hispánica de Liédena", *Revista Príncipe de Viana*, año XIV, núms. LII y LIII, Pamplona, 1953.

C. MARTÍNEZ MUNILLA, "Terra sigillata hispánica", *A. E. A.*, núms. 89 y 90, pág. 227 ss.

noticias de cuantos ejemplares hispánicos haya dispersos por los Museos, para proceder a un mejor estudio y sistematización de conjunto.

Los dos ejemplares que ofrecemos pertenecen al Museo del Seminario de Arqueología, reducido aún, pero ya con una cantidad de materiales suficiente para la ilustración y práctica arqueológica de los alumnos de dicho Seminario.

Fueron hallados estos dos vasos hispánicos en el término de Cespedosa de Tormes, partido judicial de Béjar, a nueve kilómetros de Guijuelo, formando parte del ajuar de una sepultura y donados al Seminario de Arqueología por don Virgilio Bejarano, en el año 1952. Estos dos ejemplares es lo único que se conserva de unos enterramientos que pertenecen a una villa que existió en el lugar, según referencias recogidas; al parecer, años atrás se descubrió otra sepultura análoga a la que contenía los vasos a los que nos referimos, pero cuyos materiales no sabemos qué suerte correrían; la sepultura está allí, vacía. El tipo de sepultura es el corriente en el mundo romano: una cista de forma alargada, formada por losas muy toscas, sin labrar, con otras transversales, que servían de cubierta. Se hallaba la cista a una profundidad de metro y medio. Además de estos dos vasos sus descubridores encontraron pequeños fragmentos de vasos de vidrio, que no recogieron. La fecha de estas inhumaciones nos tiene que venir dada por la fecha que provisionalmente atribuyamos a los dos vasos hispánicos.

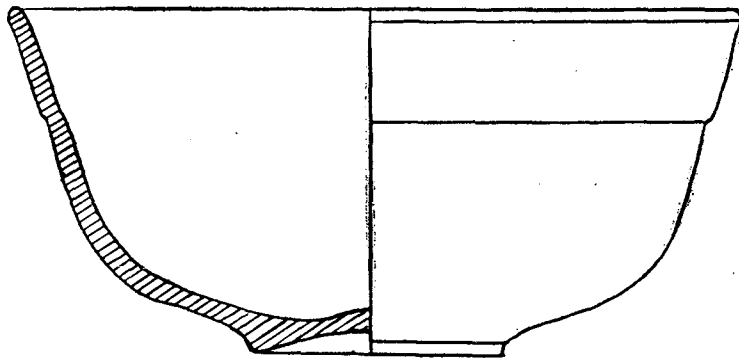


Fig. 1.—Cerámica barnizada de Cespedosa. A $\frac{1}{2}$

1.º Vaso de sigiliata hispánica, forma Drag. 37, tardía. Se conserva completo. La pasta es de rosa vivo, y el barniz, rojo claro, poco adherente, ha desaparecido en algunas partes. No está decorado. No se ha publicado (aunque bien pudiera ser que estuviese en algún Museo) ningún ejemplar de una forma tan evolucionada de la Drag. 37, que no presente decoración. Vasos hispánicos de análoga forma al que ofrecemos se han hallado en Liédena (2) y en el Ramalete (3), pero siempre con decoración. También encontramos ejemplares abundantes de forma Drag. 37, sin decorar (4), en Abella, Solsona, Liédena... pero todos ellos pertenecen morfológicamente a fines del siglo I o principios del siglo II.

Nuestro ejemplar, por su forma, que es una tardía evolución de la Drag. 37 y que

(2) M.^a A. MEZQUÍRIZ, "op. cit.", pág. 31.

(3) Idem, "op. cit.", pág. 4.

(4) Característica típicamente hispánica; en los talleres gálicos no hay ni un solo ejemplo de forma 37 sin decorar.

en los talleres de la Galia oriental pertenece al siglo III (5), podemos fecharlo en torno al siglo IV.

2.º Vaso carenado, de pasta terrosa, con abundante mica y fácilmente exfoliable. El bar-

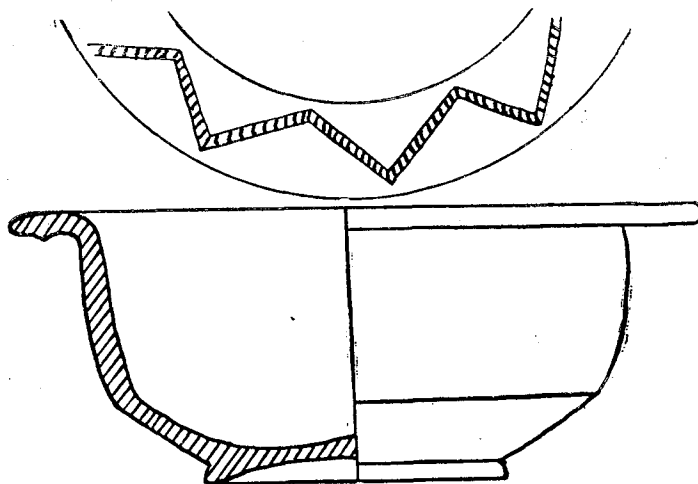


Fig. 2.—Cerámica barnizada de Cespedosa. A $\frac{1}{2}$

niz rojo oscuro, de mala calidad, ha desaparecido de gran parte del vaso. Está incompleto, pero su forma es perfectamente reconstruible.

Con cierta dificultad puede identificarse su forma con la Drag. 46, pues nuestro ejemplar tiene el borde superior de la carena un poco abombado, no rectilíneo, pero la ságoma del vaso recuerda bastante a dicho tipo.

En el borde, en la parte hacia arriba, tiene un estampillado en zig-zag, según reproducimos en la figura 2 y que no hallamos en otro ejemplar, parecido a éste, por su forma, en la necrópolis de Valadares (Portugal) (7). La técnica del estampillado nos lleva a fechar este vaso en el siglo IV como fecha más reciente.

Una conclusión provisional se puede sacar: que la fecha de la necrópolis romana de Cespedosa de Tormes puede fijarse en torno al siglo IV y alcanzaría tal vez los finales del imperio. Nada sabemos del poblado o villa al que perteneciera esta necrópolis, ni en los alrededores del término de Cespedosa se ha hallado ningún otro vestigio de población romana. Es zona arqueológicamente desconocida hasta nuestros días. Por ello la fecha atribuida no puede tener más que un carácter provisional al que el análisis de estos dos vasos de sigillata hispánica nos ha conducido.—A. SERRANO PEREZ.

LA ESCULTURA VISIGODA DE SALVATIERRA DE TORMES (Salamanca)

Entre las escasas piezas escultóricas de época visigoda de la Meseta occidental española ocupa un lugar destacado la placa de mármol de Salvatierra de Tormes, fotografiada por don Manuel Gómez Moreno hace cincuenta años y de paradero desconocido

(5) OSWALD-PRYCE, "Introduction of terra sigillata", Londres, 1920, lám. XII, 7.

(6) Idem, "op. cit.", lám. LXXV.

(7) F. RUSSELL CORTEZ, "op. cit.", pág. 14, fig. 3.



Fig. 1.—Fragmento de cancel (?) de mármol, de Salvatierra de Tormes. Siglo VII.

durante mucho tiempo. Por fin, hace pocos meses el *Servicio de Investigaciones Arqueológicas Salmantinas*, de la Diputación de Salamanca, gracias a la colaboración prestada por don Antonio Sánchez Velasco, ha podido localizar la pieza y trasladarla a Salamanca.

Se trata de una placa de mármol andaluz, que ofrece una interesante decoración, labrada con técnica tosca y que se desarrolla en dos carteles desiguales. En la cartela superior presenta dos crismones con alfa y omega, con las aspas decoradas, simulando una rica pedrería. Una burda decoración de cuerda les separa del rectángulo inferior, cuyo centro ocupa un jarrón con dos grandes pavos reales, afrontados, y otros dos más pequeños, de espaldas entre sí, en la parte inferior. Sobre el jarrón se desarrolla un tallo vegetal, mal resuelto, así como en la parte inferior, lo que da además la impresión de tratarse de una decoración inacabada. (Figura 1.)

La pieza se halla terriblemente mutilada, pues presenta las señales de haber sido dividida en tres lanchas, con ánimo de cortar tres tiras de mármol, para ser aprovechadas en época incierta, lo que no se llevó a cabo después de cortar la banda de la derecha. En la parte posterior presenta huellas de haber sido adaptada a un muro.

Los temas decorativos de esta pieza no son nuevos. La dualidad de crismones la vemos, por ejemplo, en un fragmento de cancel de Mérida, que poseería también pavos reales, pero en situación diferente, encima de los crismones. Los pavos afrontados con el jarrón son muy frecuentes (ladrillo estampado del Museo de Córdoba, etc.), aunque en nuestro caso se observa una inversión de interés, pues mientras lo general es que resalte el jarro, en la pieza de Salvatierra queda reducido a un simple punto de simetría, centrándose el interés decorativo en los pavos, realzados incluso con los dos más pequeños de la parte inferior.

Esta disposición no es simple fruto de una incapacidad artística para resolver el equilibrio entre cuerpos de distintas proporciones, sino que debe interpretarse como un alejamiento e incompreensión de su simbolismo propio en un momento muy tardío y de una zona imitadora de otras latitudes.

Todo viene a confirmar la cronología alta (dentro del siglo VII), que por el análisis conjunto de los materiales españoles atribuye Helmunt Schlunk a esta interesante pieza (cfr. "Arte Visigodo", en *Ars Hispaniae*, vol. II, Madrid 1947, pág. 227 y siguientes) eco provinciano del foco emeritense.

Con motivo de la recuperación de esta pieza hemos podido fotografiar otra de mármol, lamentablemente destrozada, que se halla sirviendo de jamba en una ventana de la sacristía de la iglesia de Salvatierra (Figura 2). La pieza ha sido rebajada por un lado a costa de su decoración y agujereada bárbaramente, para recibir las espigas de una tosca reja de hierro, asegurada además con mortero, como puede observarse en la fotografía que reproducimos. Su decoración consiste en róleos vegetales en fino barrorrelieve, de una calidad muy superior a la otra pieza, como también lo es la calidad del mármol. Conserva ésta un aire muy clásico y sin duda pertenece a un momento bastante anterior.

Es de notar que sirviendo de dintel a la misma ventana existe otra pieza de mármol, lisa por su parte exterior, pero que al parecer presenta también relieve por el interior, que no se ve por hallarse adosada al muro, al que toda la ventana se ha superpuesto en una etapa muy posterior.

Señalemos la urgencia de recuperar estas piezas, que constituyen en definitiva un conjunto escultórico importante y que si exceptuamos la hornacina hallada en el subsuelo



Fig. 2.—Bajorrelieve de mármol de la ventana de la sacristía de la iglesia de Salvatierra de Tormes.

del Palacio Episcopal de Salamanca, hoy en el Museo Arqueológico Nacional, son las únicas muestras conocidas de escultura decorativa visigoda en la provincia de Salamanca. Con ellas se destaca el interés que ofrece Salvatierra y toda la zona del sur de Salamanca, como foco artístico secundario dependiente de Mérida, con la que fácilmente se relacionaba gracias a la gran calzada romana. El hallazgo de pizarras escritas en una amplia zona alrededor de Salvatierra de Tormes y el hecho de que el tipo de las pizarras utilizadas procedan, sin duda, de esta zona, hace presumir que existiría en Salvatierra una población rica, con una fuerte industria de exportación de pizarras para construcción y a la vez como material escriptórico. La industria de la explotación de la pizarra ha pervivido en Salvatierra prácticamente hasta tiempos recientes. J. MALUQUER DE MOTES.

CRONICA DE ARQUEOLOGIA ABULENSE

Durante los últimos años una serie de exploraciones y prospecciones arqueológicas han mostrado la riqueza e interés de la arqueología del término de Diego Alvaro (Avila), y de los municipios colindantes. Toda una serie de yacimientos romanos y tardorromanos han sido señalados, habiéndose efectuado incluso pequeñas excavaciones al objeto de precisar la amplitud cronológica de los mismos. Estas actividades, dirigidas por el que suscribe, han sido organizadas por la Comisaría local de excavaciones, quien remitió a la Comisaría General las correspondientes memorias. A petición del delegado de la Zona Universitaria de Salamanca, del Servicio Nacional de Excavaciones, recientemente organizada, se redacta esta breve crónica destinada a los lectores de *Zephyrus*.

Los hallazgos más importantes pueden centrarse alrededor de tres yacimientos, El Chorrillo, El Castillo y la Lancha del Trigo.

El Chorrillo. A dos kilómetros de la villa de Diego Alvaro (Avila), en dirección Noreste, a ambos lados del camino vecinal que conduce a Alba de Tormes, en la parte llana del "Alto del Chorrillo", descubrimos, en 1934, restos de un poblado romano, delatado por los hallazgos superficiales de tegulas, ladrillos y monedas del Bajo Imperio. En 1945, gracias a una pequeña subvención concedida por la Excma. Diputación de Avila, realizamos una campaña de reconocimiento y excavación, que permitió, en primer lugar, delimitar la extensión del poblado que radica en el polígono número 10 del Catastro de Diego Alvaro. Los restos arqueológicos aparecen exclusivamente en los cuarenta centímetros superficiales y muy revueltos, por tratarse todo el área comprendida en tierras labradas. A pesar de ello y en una extensión aproximada de 2 Ha., pudieron hallarse los cimientos de unas quince edificaciones, muy diseminadas entre sí, a veces más de cien metros.

Estas edificaciones, o mejor cimientos, conservaban escasa altura, aunque en algún caso excepcional llegaban a 0,50 de profundidad. Constituían habitaciones de planta rectangular, de 3'50 por 2'25 metros de término medio y aparecieron pavimentadas con baldosas de 0'55 por 0'35 metros, con un grueso de 0'04. Las paredes, de tosca construcción, con piedra seca. En algún caso se observó que el alzado de las paredes se había conseguido por la curiosa técnica de lajas, colocadas verticales y separadas unos 0'50 metros (el grosor del muro, relleno su interior de piedra menuda, tomada con barro). No se pudo obtener una visión completa del poblado.

Los hallazgos del poblado fueron numerosos, principalmente cerámica tosca de cocina y a su lado especies más finas, entre las que merece destacarse la presencia de cerámica barnizada de rojo, lisa y sigillata hispánica tardía, con decoración de grandes círculos, estampada, etc. Los hallazgos de bronce y hierros fueron también numerosos: varios fragmentos de vasijas de cobre romanas muy deterioradas, herramientas (martillo, tijeras, hacha de hierro, brocas y espátulas de carpintero, buriles, punzones, etc.), llaves articuladas, llaves, etc.

Los objetos de bronce no carecen de interés. Un asa de caldero de bronce remata en dos cabecitas de caballo estilizadas; una campanilla de sección cuadrada, un broche de cinturón calado, faleras y un fragmento de brazalete de plata. Las únicas armas halladas fueron dos puntas de lanza, una de hierro y otra de bronce.

Los restos óseos delataron la presencia de *bos*, *capra* y *equus*, y es interesante el hallazgo en la casa número 4 del esqueleto completo de una cabra, que debió perecer en el incendio que destruyó el poblado. También apareció en distintas casas abundantes restos de cereal, en particular en la casa número 12, en la que se recogió gran cantidad de trigo deshidratado. En toda el área del poblado aparecieron abundantes molinos de mano circulares.

Los hallazgos numismáticos son, asimismo, interesantes, pues nos hablan de la circulación monetaria en un pequeño villorrio de baja época. Con excepción de un denario de Graciano, los restantes son pequeños y medianos bronce de Claudio II el Gótico, Diocleciano, Constantino, Valentiniano, Arcadio y Honorio.

La Necrópolis.—Junto al poblado, hacia el Oeste, se localizaron diez sepulturas de inhumación. Algunas sepulturas estaban formadas por tegulas en caballete (n.º 1-4), las restantes con toscas lajas formando pseudo cistas, cubiertas asimismo con losetas. Todas las sepulturas carecían de ajuar, con excepción de la número 9, que contenía junto al hombro derecho del esqueleto un botijo cerámico con asa, de tipo normal en la necrópolis del castro de Lumbrales, en Salamanca (siglos IV-V).

La forma en que aparecieron los restos de El Chorrillo y la presencia de numerosos indicios de incendio permite suponer que el poblado fué incendiado y que no fué reconstruído. La cronología de su último momento puede establecerse provisionalmente durante la primera mitad del siglo V, correspondiendo la mayor parte de objetos, y la cerámica, al siglo IV. El momento inicial del villorrio no puede precisarse. La moneda más antigua hallada (de Julia, esposa de Septimio Severo) no es suficiente para remontar su origen al siglo II.

Horno romano.—A unos 500 metros de El Chorrillo, junto al río Agudín, se hallan los restos de un alfar romano, del que se conserva un arco de ladrillos de su boca de fuego. El arco es de medio punto y tiene 0'50 de luz.

Yacimiento de "El Castillo".

La dehesa de "El Castillo" se halla situada al Sureste del término municipal de Diego Alvaro, existiendo restos de antiguas construcciones, diseminadas por toda la dehesa, pero principalmente en los lugares: Los Corralillos (nombre que procede de un importante grupo de habitaciones cuadrangulares), Cerro del Espino, Los Molinos, Camino de los Moros, La Casa, etc. En diversas ocasiones hemos efectuado excavaciones en los diversos núcleos de viviendas, observándose que en su mayor parte están constituídas por casas de dos habitaciones rectangulares, adosadas con paredes de medio metro,

construidas con piedra basáltica y pavimentadas con pizarras, con losas idénticas a las utilizadas en las paredes y en algún caso con simples pavimentos de barro pisado. La edificación que da nombre a la dehesa El Castillo, está sin reconocer, aunque a primera vista parece medieval o por lo menos reconstruido y reutilizado.

Las excavaciones no han podido ofrecer un plano de conjunto, ya que, al parecer, las edificaciones responden a barrios o pequeños núcleos, sin que se observe una organización que permita interpretar su urbanismo. Reutilizadas en la construcción moderna de la casa del guarda de la dehesa, derribada hace poco, aparecieron algunas basas de granito procedentes de algún antiguo edificio público, con la particularidad de que son exactamente iguales a las que sostienen las columnas graníticas del coro de la actual iglesia de San Juan Bautista, de Diego Alvaro.

Los restos hallados en las excavaciones han sido muy escasos, pero de grandísimo interés. La cerámica, tosca y sin personalidad, es de muy difícil clasificación, molinos de mano circulares y apenas otros restos, a no ser las interesantes pizarras escritas con signos numerales romanos, algunas con toscos dibujos de interpretación nada fácil y otras, finalmente, con escritura minúscula acursivada, del mismo tipo de las pizarras de Galinduste, Salvatierra, Lerilla y Santibáñez de la Sierra, de la provincia de Salamanca. La mayor parte de estas pizarras contienen contratos y documentación de los siglos VI-VII y en una de ellas aparece la mención del reinado de Recaredo, aunque, por desgracia, se halla mutilada y no permite fecharla con precisión. Estas pizarras fueron depositadas junto con los restantes materiales de la excavación de la Diputación Provincial de Avila y pasaron luego, para su estudio, a poder de don Manuel Gómez Moreno, por orden de la Superioridad. Constituyen en conjunto el mayor lote de documentación original de época visigoda que poseemos.

En la misma dehesa de "El Castillo" han sido localizadas varias zonas de enterramientos. Son siempre sepulturas de inhumación constituidas por cuatro grandes lanchas basálticas, con fondo de pizarra cubiertas también por lajas. Todas ellas carecen de ajuar. En la parte denominada la "Casa", donde quedan restos de un muro con cal, de unos cuatro metros de altura, parece que existe el núcleo más denso de enterramientos, aunque no ha sido posible fijar su cronología, pues todas las tumbas, con excepción de una de ellas (sep. A), carecen de ajuar. Esta tenía en su interior una pequeña vasija de barro gris, torneada, que igual pudiera datarse del siglo V, como del VI o VII.

En diversas ocasiones han sido hallados en diversos lugares de la dehesa materiales de épocas anteriores a la romanización. Destaquemos la presencia aislada de puntas de flecha de sílex con aletas y pedúnculo, puntas de flecha de bronce de forma lanceolada y un hacha de bronce con una anilla lateral, depositada en el Museo Arqueológico de la Universidad de Salamanca.

El yacimiento del Castillo de Diego Alvaro constituye una innegable novedad en la arqueología española, ya que se trata de unos núcleos de habitación de la época visigoda, que nos ofrecen algunas interesantes características de la vida rural en los siglos de degradación de la Edad Antigua. Singular interés tiene la utilización de la pizarra como materia escritoria, pizarras importadas con toda seguridad de los alrededores de Salvatierra de Tormes (Salamanca) y que por los hallazgos que de día en día se ofrecen a los estudiosos, se desprende su uso general en una amplia zona del Oeste de la meseta, en las provincias de Avila, Salamanca y Cáceres. La transcripción de estas pizarras, lenta y laboriosísima, habrá de ofrecer, sin duda, importantes novedades.

Escultura prerromana. En término de San Miguel de Serrezuela (Avila) han aparecido dos importantes esculturas. Una de ellas, de arenisca, representa toscamente un animal inclasificable, que parece querer remedar las esculturas de leones del mediodía peninsular. La otra apareció en el lugar llamado "La Romarina" y se trata de una escultura de un toro, de granito, del estilo del toro de Salamanca o de los toros de Guisando, y pertenece, por consiguiente, al grupo de esculturas zoomorfas, características del área vetona. Se hallaba utilizado en una cerca conocida por "La Ventana", del hueco que quedaba entre el cuerpo del animal y la peana, habiendo pasado desapercibido su verdadero carácter hasta hace poco tiempo. En la misma partida de "La Romarina" no lejos del lugar de la escultura, existen restos superficiales que indican la existencia de un antiguo poblado, cuya amplitud cronológica se desconoce. La presencia de fragmentos de cerámica sigillata y algunas monedas imperiales, indican que se trata de un núcleo que alcanzó la romanización.

Ultimamente hemos localizado un nuevo núcleo de viviendas de época visigoda en la llamada "Lancha del Trigo", de Diego Alvaro. Las características observadas permiten fijar su contemporaneidad con las construcciones de "El Castillo" y ya en primeras prospecciones se han descubierto pequeños fragmentos de pizarras escritas.—ARSENIO G. PALACIOS.

EL MUSEO DE NAVARRA EN PAMPLONA

Cuenta España desde hace pocos días con un nuevo y magnífico Museo, el Museo de Navarra, inaugurado oficialmente en Pamplona por la Excm. Diputación Foral.

En el histórico Antiguo Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia de Pamplona, completamente remozado y ampliado por el arquitecto Sr. Yarnoz, la Diputación Foral de Navarra, a través de su Institución Cultural "Príncipe de Viana", ha instalado el ambicioso Museo Navarro, el mejor y más logrado sin duda de los Museos provinciales.

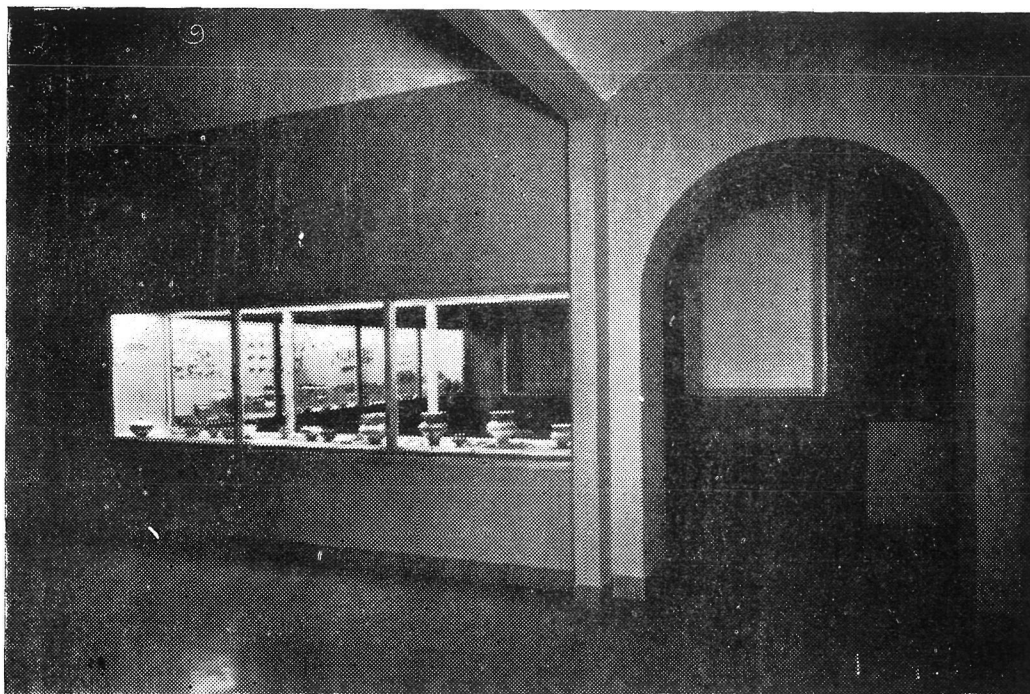
En tres amplias plantas, situadas sobre la muralla, en un céntrico pero recoleto rincón del casco viejo de la ciudad, se desarrollan las veintidós salas instaladas, que abarcan desde los materiales paleolíticos hasta el interesante arte renacentista.

La instalación, admirable, ha sido un éxito personal más de D. Jaquín María de Navascués y de Juan, director del Museo Arqueológico Nacional, que ha superado aún sus maravillosas instalaciones del Museo de Sevilla, del Arqueológico Nacional y de otros varios, ya que, con los recursos facilitados por la Diputación Foral, ha podido resolver escollos nada fáciles, que planteaba la instalación de ciertos materiales.

Los fondos del Museo están constituídos por los ya existentes en la Cámara de Comptos Reales, ampliados en gran escala por la Institución Príncipe de Viana, destacándose por su volumen e interés los magníficos retablos murales góticos, que constituyen un conjunto absolutamente único en España. Pero sin duda interesará a los lectores de *Zephyrus* el magnífico conjunto arqueológico del nuevo Museo, fruto casi exclusivo de la actividad investigadora de la Institución "Príncipe de Viana", a través de su Servicio de Excavaciones Arqueológicas.

En las salas de la planta baja se han instalado preferentemente materiales romanos con rica serie epigráfica e interesantes mosaicos de Pamplona, Ramalete o Liedena. La plan-

ta superior, destinada al desarrollo de las comunidades prehistóricas y protohistóricas navarras, permite seguir el proceso desde los tiempos wurmienses a la etapa neolítica, época megalítica y Edades del Bronce y del Hierro, hasta la romanización. Los intere-



Dos aspectos de las nuevas instalaciones del Museo de Navarra.

santes conjuntos de Echauri, Valtierra, Arguedas y Fitero. Las ricas series de Cortes rivalizan en cantidad e interés con los mejores yacimientos del mundo.

La segunda planta se dedica íntegramente a la pintura mural gótica y renacentista.

Queda únicamente por instalar la sala de numismática, que en su día ha de ofrecer un destacado interés, por concentrar en ella los materiales de la ceca de Pamplona.

Pero el interés del Museo de Navarra no radica simplemente en las magníficas instalaciones, dignas de toda ponderación, ni siquiera en la riqueza y variedad de los materiales que atesora, sino al hecho de que ha sido concebido por la Diputación Foral, gracias al empeño del dinámico secretario de la Institución Príncipe de Viana, don José E. Uranga, como un verdadero centro de investigación, dotado de una magnífica biblioteca, de un taller de restauraciones y de ordenados almacenes de materiales de estudio para los investigadores. Posee además el Museo una magnífica sala de conferencias y otra para exposiciones ocasionales.

Una de las características más destacadas del Museo navarro es el hecho de que la totalidad de sus fondos han sido publicados, bien en estudios profundos y definitivos o en inventarios bien ilustrados, de tal modo que pueden ser utilizados por el investigador, lo que constituye una garantía para el futuro, de que no habrá de ser este Museo un almacén más de materiales desconocidos, como por desgracia sucede aún en muchos casos. Para el simple visitante cuenta además con una magnífica guía, redactada por la conservadora del Museo, señorita Angeles Mezquíriz, que contiene todos los datos deseables para introducirse en el análisis de los materiales.

Es, por consiguiente, el Museo de Navarra, una verdadera Institución, que nace con base, con ambición y con medios y que conociendo la trascendencia de su obra estimula y facilita la Diputación Foral, por lo que se hace merecedora de nuestro aplauso y felicitación más sincera.—M. BERNET.

Bibliografía

BALOUT, Lionel: *Preshistoire de l'Afrique du Nord*. Essai de Chronologie. Gouvernement Général de l'Algérie. Direction des Antiquités et des Beaux Arts. Service des Antiquités. Arts et Métiers Graf. París, 1955, 546 págs., 29 figs., mas LXXII láminas.

La extraordinaria actividad del *Service des Antiquités* de Argelia, en los últimos años, de la que nos hemos hecho eco repetidamente en estas páginas, acaba de ofrecernos un nuevo título, y excepcional, por cierto: el gran libro de Lionel Balout, de *Prehistoria del Norte de Africa*, que aparece poco después del libro de Vaufrey, con una orientación distinta, aunque a pesar de lo que a primera vista pudiera parecer en modo alguno antagónica.

Este libro de Balout se caracteriza por el extraordinario rigor con que procede el autor, buscando en las más variadas ciencias del Cuaternario los datos que permitan vertebrar un poco la huidiza fisonomía de la prehistoria del norte de Africa. Es, desde este punto de vista, un libro admirable, aunque, por qué no decirlo, sumamente difícil, puesto que no pocas veces nos ofrece capítulos enteros de paleoclimatología o paleontología, que requieren para su juicio definitivo verdaderos especialistas en la materia. Pero aun para el que no posee esa estricta especialización, destaca el rigor con que Balout utiliza los datos de esas ciencias y la claridad expositiva, que tanto agradecemos.

El libro se desarrolla en tres grandes partes. La primera, cuyo estudio recomendamos muy particularmente a nuestros alumnos, es altamente instructiva y a través de grandes capítulos desarrolla: *La génesis de una cronología*, con una precisión muy en su punto sobre la cronología absoluta y la relativa, *bases estratigráficas*, *bases paleoclimáticas*, *bases paleontológicas* y *bases arqueológicas*. Toda esta primera parte constituye un admirable manual de

metodología moderna, aplicada concretamente al tema.

La segunda parte se dedica a la difícil e intrincada cuestión de la cronología del Paleolítico norteafricano, de extraordinario interés por la precisión lograda para situar las distintas industrias, en cuyo análisis no podemos extendernos aquí. Destaquemos el apasionante problema de la industria de esferoides de Aïn Hanech y todos los problemas de la *Pebble culture* y sobre todo el hecho de que mientras los objetos en sí mismos muchas veces nos han obligado a pensar con cierto escepticismo, esta cultura, presentada en la forma que lo hace Balout, francamente nos ha convencido. Del mismo modo las páginas consagradas al *ateriense*, aclaran en gran parte el problema de esta industria, tan debatida en los últimos años.

La tercera parte del libro se dedica al epipaleolítico y neolítico y ya no nos interesa tanto. En ella se puntualizan los problemas de modo muy prudente y se insiste en la misma orientación que informa el trabajo de Vaufrey y el escaso papel jugado por el norte de Africa, en relación al continente europeo. Es indudable que este punto de vista está de moda y posiblemente con razón y sin embargo somos reacios, hasta cierto punto, a prescindir de viejos tópicos.

Balout, en unas breves pero claras conclusiones, traza las grandes líneas de la prehistoria norteafricana del modo siguiente: En una etapa muy temprana *villafraquiense* (aunque situada últimamente por los geólogos dentro del Cuaternario), aparecen los primeros seres humanos en un medio ambiente del terciario final y esta humanidad es testigo de la lenta desaparición de la fauna terciaria del Magreb y su substitución por la específicamente cuaternaria. En los sedimentos lacustres de Aïn Hanech, aparecen unas formas aun más primitivas, que los autores de las hachas bifaciales y contemporáneamen-

te a esta "cultura" interior de Aïn Hanech se desarrolla la pebble culture litoral sobre playa de mar cálido (Calabriense II?), sobre la que se instalan también los primeros artesanos de bifaces (clacto-abbeyvillien-ses). Más tarde se inicia el desarrollo de las industrias achelenses sobre playa sici-liense de un mar con *littorinas* (Achelense II). Estos artesanos, *Atlantropus maurita-nicus*, pertenecerían a un tipo próximo al *sinanthropus*. La transgresión tyrreniense excava cuevas en las que se almacenan, más o menos rodados, elementos anteriores. Paralelamente se desarrolla un ache-lense III, que se atribuye a los descendien-tes de los neandertales de Rabat. Cierra el paleolítico inferior un achelense IV o mi-coquiense. El hombre es testigo a la vez de profundas transformaciones en la mor-fología terrestre de todo el Magreb.

Al retirarse el mar tirreniense aparece sobre las nuevas playas una industria de lascas, que tiene cierto aspecto de levallo-siense, pero que pronto se enriquece con útiles pedunculados, dando lugar al naci-miento del verdadero ateriense. Su relación con los grupos industriales del paleolítico inferior no aparece bien documentada en ninguna parte. Un ateriense II aparece en las formaciones continentales post tir-renienses, que pervivirá en Marruecos y el Sahara en un ateriense III polimorfo pa-ralelo a estadios bien claros, en que ya el *homo sapiens* vive en el Norte de Africa. En estos últimos lugares el ateriense llega a vivir hasta el neolítico.

La presencia de *homo sapiens* marca la aparición de una industria de hojas y la técnica del dorso rebajado, una industria iberomauritánica I, anterior al capsiese, que conserva un utillaje de factura *leval-loisomusteriense*; más tarde, su estadio II es ya microlítico. La aparición de esta nueva humanidad es clara y en el Mah-greb el *homo sapiens* es sucesor, no des-cendiente del neandertal. Paralelamente se desarrolla el capsiese, que aparece hacia el noveno milenio y se desarrolla en los tres estadios clásicos: el capsiese típico, hasta el sexto milenio; el capsiese supe-rior, hasta el cuarto milenio; seguido lue-go del neolítico de tradición capsiese. En relación al neolítico, es interesante obser-var que la domesticación de animales apa-rece muy tarde en el Mahgreb, según Ba-lout, mientras que la agricultura refuerza

pronto la recolección, practicada ya por los capsieses.

Esta visión de la prehistoria africana es impresionante y muy dignos de meditación son los últimos párrafos de este capítulo de conclusiones, con que Balout cierra este magnífico libro.

Una impresionante bibliografía, con más de mil títulos, enriquece la obra, presen-tada impecablemente, como todas las pu-blicaciones del Service d'Antiquités.

Destaquemos un detalle particular, pero significativo: Esta es la primera obra de prehistoria en la que no aparece ni un solo dibujo de industria lítica, substituyén-dose toda la ilustración por numerosos planos, croquis y magníficas fotografías; en ello vemos una prueba más de que afor-tunadamente ha sido superada ya en la investigación prehistórica la etapa tipológi-ca, que tan útil ha sido en tiempos, pero que nos ha ofrecido en el caso del Norte de Africa ya todas sus posibilidades. Posi-blemente, síntesis como esta de Balout son menos asimilables para el público en ge-neral, pero sin duda alguna son mucho más sinceras. Felicitamos sinceramente a Lionel Balout por esta magnífica obra, de la que podemos decir que marcará la pauta, en lo sucesivo, para la interpreta-ción del desarrollo de la Humanidad cua-ternaria.—J. MALUQUER DE MOTES.

BERNABO BREA, Luigi. *Gli Scavi nella Caverna delle Arene Candide (Finale Li-gure). Parte prima: Gli strati con cerami-che, vol. 2.º Campagne di scavo 1948-1950*. Istituto Internazionale di Studi Liguri. Bordighera 1956. 296 pp., con 79 figuras, XVI láms. fuera de texto, mas ocho planos y secciones.

Acaba de publicar el *Istituto di Studi Liguri* el segundo volumen de la memo-ria de excavaciones de la gran cueva ligur de Arene Candide, que comprende los re-sultados de las excavaciones de 1948-50, en las que se confirma de nuevo el gran in-terés estratigráfico del yacimiento, preci-sándose mejor algunos de los aspectos ya señalados en 1946.

El libro, enjundioso y bellamente pre-sentado, aparece dividido en tres partes: en la primera se analiza la estructura y naturaleza del depósito, con la misma me-ticulosidad que en la memoria anterior;

la segunda se dedica al estudio de los materiales, minuciosamente descritos y analizados, y finalmente, en una tercera parte de gran ambición y llena de interés, se intenta enmarcar la cueva de Arene Candide, en la prehistoria de todo el occidente mediterráneo, lo que equivale en definitiva a uno de los intentos de mayor envergadura realizados modernamente a partir de experiencias de excavación.

Las dos primeras partes reafirman la visión inicial del desarrollo de la cueva, tal como aparecía en las primeras excavaciones. Naturalmente, los materiales se multiplican, pero sin salirse de lo ya esperado, hay pocas novedades. En la tercera parte Bernabó Brea maneja con gran maestría sus conocimientos generales de los materiales de Italia, Francia y de lo español, a la luz de experiencias de campo, no ya en Liguria, sino en Sicilia y las islas Lipari, y en una línea muy actual de interpretación se precisa la doble corriente de neolitización, que desde el próximo Oriente y Egeo y Mediterráneo, por un lado, y Balcanes, norte de Italia, por otro, transforma radicalmente la vida del occidente.

No podemos entrar aquí en un análisis detenido de esta tercera parte, que nos llevaría muy lejos; destaquemos tan sólo dos hechos que resaltan de modo claro:

El primero es la dificultad de sincronizar las dos transmisiones y a pesar de los esfuerzos de Bernabó Brea, nos parece que los datos no permiten aún más que una posición hipotética. En segundo lugar, vemos cómo queda muy diluída la explicación de una transmisión norteafricana, muy en boga hace unos años y que incluso en tiempos nos habíamos inclinado a valorar. Ello confirma las deducciones de las últimas síntesis de prehistoria norteafricana.

En realidad son dos grandes líneas de transmisión cultural del oriente a occidente, varias veces renovadas, que actúan de estímulos y las culturas resultantes en occidente son en definitiva fenómenos mixtos y reestructuraciones muy alejadas de los focos originales. Hay, sin duda en occidente un elemento humano que pesa, enraizado en la etapa mesolítica.

Merece destacarse también el enorme valor de la transmisión balcánica danubiana, no tan sólo para los países centro-europeos

y norte-europeos, sino que creemos también para el sudoeste de Europa. La visión de Francia y España es indudablemente la más floja en la gran síntesis de Bernabó. Digamos en su descargo que por desgracia tiene que moverse para nuestras tierras entre datos imprecisos e incontrolados las más de las veces y por consiguiente dando prelación a una tipología que casi siempre es engañosa.

Para el lector español hay particularidades en la obra de Bernabó que requieren esmerada atención. La vacilante diferenciación entre neolítico, eneolítico y bronce, se presta a muchas oscuridades. De los tres períodos neolíticos del autor, a pesar de la pobreza de restos no cerámicos de la cueva de Arene Candide, únicamente el que llama neolítico interior, con cerámica impresa o cardial, corresponde en realidad a un neolítico. El neolítico medio y más aun el superior, son contemporáneos, a nuestro juicio, con etapas que conocen el metal en la península Ibérica, y el neolítico superior (con cerámica tipo Lagozza), creemos firmemente que pertenece a la Edad del Bronce.

Aparte del interés de la cueva en sí, Arene Candide es el símbolo que marca una etapa en los trabajos prehistóricos del Occidente, señalada por la preocupación constante del establecimiento de estratigrafías locales. En este sentido la trascendencia de los trabajos de Bernabó Brea es inmensa, pero existe un peligro evidente sobre el que queremos llamar la atención, y es el hecho de que una estratigrafía, por completa que pueda ser, no es suficiente para establecer una línea fija de desarrollo cultural en zonas amplias. Hay el evidente peligro de marcar una pauta cultural, que de modo inconsciente lleve al excavador a "buscar" una estratigrafía, más que "observarla e interpretarla". Por ello, es necesario que tomemos de Arene Candide el espíritu de trabajo, pero no la línea cultural, que puede ser muy diversa, incluso en zonas relativamente próximas, y desde luego en nuestro levante peninsular.

Felicitemos vivamente al profesor Bernabó Brea, no ya por esta magnífica monografía, sino por el documentado y valiente estudio general, que habrá de dejar honda huella en la bibliografía prehistórica occidental.—J. MALUQUER DE MOTES.

BERNABO BREA, Luigi y Madeleine CAVALIER, *Civita preistoriche delle isole eolie e del territorio del Milazzo*. *Bullettino di Paleontologia italiana* n. s X volumen 65, 1956.

El gran interés del método estratigráfico practicado con todo éxito por Bernabó Brea en la cueva de *Arene Candide*, se muestra una vez más en las magníficas excavaciones practicadas en gran escala en las islas eolias y que han permitido ampliar nuestra visión de la evolución cultural del Mediterráneo central durante las épocas prehistóricas de un modo admirable.

En varias ocasiones nos hemos referido ya a resultados parciales, como a las excavaciones de la isla de Panarea, por ejemplo; ahora Bernabó Brea y su colaboradora, señorita Cavalier, nos ofrecen una interesante visión de conjunto gracias a la impresionante estratigrafía conseguida en la acrópolis de Lipari. En efecto, en un espesor de nueve metros se amontonan los restos de las sucesivas fases culturales, con la siguiente correlación: "En la base, cerámica *impressa* (cardial) del tipo de *Stentinello*, junto con cerámica pintada con bandas rojas sobre fondo claro (del tipo *Castellaro*), sigue un estrato con cerámica, con pintura roja, limitada con pintura negra (estilo de *Capri*) y encima otro estrato con cerámica pintada, con espirales y meandros (tipo *Serra d'Alto*). Cierra lo que podríamos llamar complejo de culturas neolíticas, un estrato con cerámica monocroma, con típicas asas tubulares y en rodete (estilo de *Diana*).

Los estratos superiores, pero anteriores a la Edad de Hierro, son cinco: Uno (el más bajo) con cerámica de tipo *Piano Conte*, luego otro con cerámica del tipo de *Piano Quartara* y luego tres estratos de la Edad del Bronce (sucesivamente: período de *Capo Graziano*, del *Milazese* y *Ausonio I*). La primera Edad del Hierro está muy bien documentada con un potente estrato del *Ausonio II*. Sigue luego un período de decadencia e inmediatamente el estrato colonial griego histórico hacia el 580 a. C.

La estratigrafía, como se ve, es completísima y los materiales muy interesantes. Esta superposición de estratos sirve de admirable escala de cronología relativa para situar muchos yacimientos en los que únicamente se representa un estrato cultural y

cronológico. Pero lo verdaderamente interesante de la estratigrafía de Lipari procede del hecho de que por ofrecer cerámicas importadas de Sicilia, de la Península italiana y sobre todo del Egeo, es fácil entroncar esta cronología relativa con la absoluta conseguida en el área egea. Un completo cuadro sinóptico de Bernabó aclara estas posibilidades.

La riqueza arqueológica excepcional de estas islas, durante el neolítico, tiene por causa la industria y el comercio de la obsidiana, pero el impulso comercial conseguido por los isleños sostiene a estas poblaciones en etapas menos brillantes hasta la colonización griega histórica del siglo VI, que corresponde sin duda a un momento de decadencia y pobreza indígena, como se desprende también de la narración de Diodoro Sículo.—J. M. de M.

LOUIS, Maurice y J. et Odette TAFFANELL. *Le premier Age du Fer Languedocien*. I. *Les Habitats*. "Institut d'Etudes Ligures". Bordighera-Montpellier, 1955, 207 páginas, con 170 figuras.

Los numerosos hallazgos realizados en los últimos años en el Languedoc y en el Rosellón, pertenecientes en buena parte a la primera Edad de Hierro, hacían sentir la necesidad de una publicación de conjunto, que permitiera valorarlos y relacionarlos con los materiales del sur de los Pirineos. El coronel Louis, en colaboración con Jean y Odette Taffanell, bien experimentados gracias a sus numerosos descubrimientos y excavaciones en el Cayla de Mailhac, han emprendido la labor cuidando de su edición el Instituto de Estudios Ligures, siempre tan preocupado por todos los problemas arqueológicos que afectan estas regiones del Mediterráneo occidental.

La obra estará dividida en tres partes, con una concepción que no aplaudimos: habitats, necrópolis de incineración y túmulos sepulcrales. Es un tipo de división que no convence, pues parte de muchos supuestos que es necesario antes probar y desenfoca la visión histórica de los hechos.

El tomo que reseñamos se refiere a los yacimientos de habitación y es muy útil, por la gran cantidad de datos y de ilustraciones. Muy poco clara es, sin embargo, la visión general de la primera Edad de Hierro en España, que creemos innecesaria en

este libro y que no aporta novedades a la visión publicada por Martín Almagro en la Historia de España Espasa Calpe, sin que se incorporen los nuevos resultados y publicaciones realizados principalmente en Navarra desde el año 1947. El libro, sin embargo, es útil y su juicio definitivo deberá aguardar a la publicación de los tres tomos, donde esperamos ver encomendadas sensibles lagunas, como la de Cortes de Navarra, La Hoya (Alava), etc.

J. M. de M.

JANNORAY, Jean: *Enserune, Contribution à l'étude des civilisations préromaines de la Gaule méridionale*. Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome, Fascicule cent quatre-vingt-unième, Paris. E. de Boccard, éditeur, 1955. Un vol. de 490 páginas y una carpeta en el mismo formato, que contiene 71 láminas.

El importante sitio arqueológico de Ensérune ha sido verdaderamente afortunado al encontrar un estudioso de la preparación de Jannoray. Este antiguo miembro de la escuela francesa de Atenas y actualmente profesor de la Universidad de Montpellier y director de la XI Circunscripción de Antigüedades, ha dedicado largas vigilias a la publicación de los materiales de Ensérune, "el más importante yacimiento arqueológico del Languedoc costero", en el que se venían haciendo descubrimientos desde 1915.

El trabajo ofrece interés desde muchos puntos de vista: las antigüedades griegas, las célticas, las ibéricas. Jannoray hace un balance de la labor realizada, encajándola en una amplia visión de conjunto. Su publicación constituye un modelo de equilibrio y de síntesis, que quisiéramos ver seguido para sitios arqueológicos españoles.

Ensérune es un antiguo *oppidum*, cuya importancia debió de ser considerable en los tiempos anteriores a la romanización, cuando aun las condiciones políticas no consentían el progreso y predominio de las más tarde florecientes ciudades de época romana, como Nimes o Narbona. Los problemas cronológicos ofrecen algunos datos para su resolución: de una parte, vasos griegos e itálicos; de otra, materiales comparables a los de la Hispania ibérica.

No entraremos, por falta de competen-

cia, a polemizar con Jannoray, cuando propone que la cerámica geométrica conocida tradicionalmente como "ibérica", sea considerada como simplemente un fruto de la imitación en alfares occidentales de la cerámica jónica o focense. Tanto la cerámica amarillenta como la más tosca gris, son contemporáneas y coexistentes y no pueden servir, en opinión del autor, para probar una conquista del sur de la Galia por elementos ibéricos. La cerámica tradicionalmente llamada "ibérica" comienza en la segunda mitad del siglo VI y goza durante varios siglos de gran éxito y de un desarrollo propio. Sirve de referencia en la estratigrafía de Ensérune, desde mediados del VI hasta entrado el II, J. Jannoray se inclina a suponer una independencia en el desarrollo de Ensérune, si se compara con el de Ampurias, lo que supone predomios comerciales distintos en una y otra zona.

Tres niveles distingue Jannoray en el *oppidum* y la necrópolis pertenece a la capa segunda de las distinguidas en el poblado.

Fondos de cabañas y silos y restos de material bastante rudimentario, nos presentan una cultura más bien atrasada que verdaderamente primitiva. Cerámica de tipo jónico y muestras de vasos áticos de figuras negras nos remiten a los mediados del siglo VI.

En segundo nivel, en el que Jannoray distingue dos estratos, puede ser fechado por cerámica de figuras rojas; más tarde, a partir del siglo IV adelantado ya, cerámica de Kerch e itálica, que se extiende a la mayor parte del siglo III. Este segundo nivel corresponde a los períodos I y II de La Tène.

El nivel tercero tiene mayor importancia en cuanto a los restos arquitectónicos, pues ofrece frecuentemente planos reconstruibles. El autor distingue dos etapas en este nivel y la cronología es determinada por la cerámica campaniense y las monedas de Marsella y de imitaciones regionales. El poblado acusa su perduración hasta los comienzos de la era cristiana.

En capítulos sucesivos ofrece Jannoray la descripción de los hallazgos y la reconstrucción de la vida que los restos materiales acusan. El arqueólogo encontrará valiosísimas referencias sobre los silos, la arquitectura, el material cerámico, las armas... Las largas y quizá no muy sistemáticas excavaciones resultan plenamente puestas

en valor por la metódica exposición que permite reconstruir su historia.

La segunda parte de esta monografía intenta explotar el tema de las relaciones entre Ensérune y las culturas antiguas. La importancia del capítulo griego es tanto mayor cuanto que la cultura indígena primitiva persiste, sin haber sido radicalmente alterada por la indoeuropeización hallstática. Marsella es un foco de primordial importancia y Ensérune lo acusa perfectamente. Cuanto sabemos por la historia de Ampurias y de las demás colonias griegas en Iberia es confirmado por Ensérune. La importancia de Marsella es grande sólo a partir del siglo IV. Antes de esta fecha la ciudad provenzal no tuvo la importancia que luego tuvo en la historia.

La relación de Ensérune con el mundo céltico acusa por de pronto la desigualdad con que sobre el terreno de Occidente se distribuyen los indoeuropeos. Algunas fibulas del tipo de la Certosa y algunos botones de bronce del Hallstatt II, son indicios de la primera Edad de Hierro. Un poco más antiguos que ellos son algunos fragmentos de cerámica excisa del tipo de los *Urnenfelder*. Ello encaja dentro del cuadro de la arqueología regional, que Jannoray revisa en unas páginas (364 ss.) del mayor interés para la cronología española. En cuanto al problema de la población indígena del Languedoc y Rosellón, discute el autor los nombres, tan cargados de discusión, de ligures e íberos. Con razón rechaza las ideas de "imperios" ligures o ibéricos disputándose estos terrenos. Estamos de acuerdo con Jannoray en que los Alpes, el Ródano y los Pirineos no formaban fronteras al modo moderno. Un fondo común subneolítico, con una civilización agrícola uniforme, tenía diferenciaciones locales. Jannoray se manifiesta contrario al iberismo o al ligurismo del sur de Francia en cuanto ello signifique expansión de civilizaciones extranjeras sobre el fondo indígena.

Del mismo modo que los restos hallstáticos, los de La Tène no son una ruptura en la evolución de la cultura y la etnología. Lo que son es más abundantes. Hay que notar que las falcatas coexisten aquí, como en el mundo ibérico, con las espadas rectas (p. 397). El pueblo céltico de los Volcos ha cambiado la etnia de la región, pero no las líneas fundamentales de su orientación cultural. El helenismo se re-

fuerza con la llegada de esta población.

De especial interés para nosotros es el capítulo en que Jannoray precisa las relaciones entre Ensérune y el mundo ibérico. Enemigo de la idea de una invasión o conquista ibérica. Jannoray acentúa demasiado la evolución regional, en el sentido paralelo a lo ibérico. Es evidente que la escritura y la lengua ibérica suponen no sólo un fondo común, sino una evolución en estrecho contacto con Iberia. Si no conquista, de la que los textos no hablan y hasta ahora no se ha probado materialmente, no se podrá negar la unidad de desarrollo cultural con toda la Hispania oriental. En este mismo número de la revista presentamos un mapa lingüístico, en el que Ensérune es un punto más junto a Ampurias, Liria, Cástulo, etc., hasta por lo menos el centro de Andalucía.

Jannoray nos ha ofrecido una excelente edición de los grafitos ibéricos hallados en Ensérune. El método de Gómez Moreno es aceptado plenamente y en los nuevos materiales tenemos una valiosa colección de palabras, que en su mayor parte serán nombres personales.

El capítulo siguiente recoge otra muestra de la continuidad, poco catastrófica, con que se desarrolló la civilización en el Languedoc. A partir del siglo II Ensérune ofrece monedas romanas y material cerámico, etcétera, de esta proveniencia.

La personalidad de la Galia indígena le preocupa al autor de un extremo a otro de su obra, tanto frente a los griegos como a los íberos. Pero lo que es innegable es que los modelos de la cerámica, como del alfabeto, no se han producido en el país, sino que han llegado de fuera.—A. TOVAR.

HUGH HENCKEN: *Indo-European Languages and Archeology*. American Anthropological Association. Vol. 57, n.º 6, Part. 3, Memoir n.º 84, December 1955. Menasha, Wisconsin, VI, 68 páginas.

El Dr. Hencken presenta un magnífico intento de analizar, desde el punto de vista del arqueólogo, las conclusiones de los lingüistas. Saludamos en su trabajo la frescura y originalidad con que etnólogos y arqueólogos norteamericanos proceden, si se las compara con la timidez y escrúpulos de sus colegas del viejo continente.

La objeción principal que hemos de hacer a toda la primera parte del presente trabajo, en la que se enumeran las diferentes lenguas indoeuropeas en su marco arqueológico y cultural, es la de que se haya dejado llevar de algunos sabios lingüistas en oposición a otros. Así encontramos en la p. 15 una crítica negativa frente a la teoría de Pokorny sobre la expansión por gran parte de Europa de los ilirios, y se atribuye a los celtas la mayor parte de los elementos indoeuropeos extendidos con las invasiones de que hay restos en los campos de urnas (pp. 11, 14, 21, 27, etcétera), mientras que en otros pasajes (pp. 33, 37, 38, 53, 55) los campos de urnas aparecen relacionados, en mayor o menor grado de certeza, con los ligures, los germanos mesapios, sículos, posiblemente los eslavos, etc. Como recientemente he tenido ocasión de observar (*Zephyrus* VI, 194 ss.) a propósito de los datos yugoeslavos presentados por Pía Laviosa Zambotti (*I Balcani e l'Italia nella preistoria*, Como 1954), la importancia de la zona ilírica en sentido estricto es muy grande para toda Europa occidental y central, y cabe, a pesar del retroceso de Krahe y Pokorny, ante un ataque general, revisar a la luz de la arqueología la teoría del "panilirismo", que en definitiva no está tan lejos de lo que Hencken admite en su trabajo, basándose en Hawkes y Childe, cuando admite que en la parte meridional de los Balcanes y al norte de Asia Menor, puede estar el centro de difusión de los indoeuropeos *centum*: "This región... could have been the starting point for the centum of indo-European: Hittite to the east, Greek to the, south, and others spreading northward across the European continent" (p. 48. "Some elements of the urnfield cultures can be traceable to an origin in southwestern Europe (Hungary and the Balkans)" (p. 55).

Yo creo que, llámese ilírica o de otro modo, hubo una primera invasión indoeuropea en Europa occidental, difícilmente caracterizable, con rasgos muy arcaicos, muy de "indoeuropeo común" (como ha señalado Krahe) y ésta llegó hasta Noruega, las islas Británicas y nuestra Península. La revalorización de lo ligur que hace Hencken (p. 33 s.), creo que no es más que un aspecto de esta oleada general. Bautizar aquellas remotas culturas con nombres de pueblos históricos posteriores

es siempre comprometido, y en cambio, si se probara que en la Península balcánica estaba su principal foco de difusión, el nombre de ilírico resulta bastante conveniente. Es la influencia del criticismo de J. Whatmough lo que hace a Hencken contradecirse.

El criterio del mismo lingüista lleva igualmente a H. Hencken a negar que en Hispania haya celtas que conservan *qu* (p. 15). Pokorny lo había señalado ya y por mi parte alegué nuevos datos. M. Lejeune y E. Mac White aceptan las tesis de que los celtíberos eran celtas de *qu*, y ello encaja perfectamente con la idea de que los invasores hallstáticos no habían hecho la innovación *qu > p* (cf. pp. 8 ss. y del presente trabajo de Hencken). El simple examen de formas, como *que* enclítico, *Equisuique*, *Quemia*, *Querquerni*, *Qu-e-li-o-còs* (étnicos, en monedas escritas en ibérico, de *Quelia*, que aparece en las fuentes literarias como *Οὐέλεια*, *Velia*), prueba la abundancia de celtas de *qu* en la Península, mientras que las formas con *p*, como *Petranioi*, *Petracius*, son más raras.

El autor, al comparar desde el punto de vista cultural la expansión de ciertos fenómenos con otros perfectamente conocidos ya en la historia (así, el cambio de los ritos sepulcrales que acompaña al cristianismo entre los germanos, o la conquista de Inglaterra por los normandos, que hablan no germánico septentrional, sino francés), no pierde de vista la realidad que se encubre bajo los únicos hechos observables: restos de cultura material, reconstrucciones y restos lingüísticos.

En la primera parte del libro de Hencken hallará el lingüista una exposición sumaria sobre la importancia de ciertas culturas (la de Sajonia-Turingia, la de las urnas, la del ánfora globular del oeste de Rusia) y su relación con los ulteriores pueblos indoeuropeos. La timidez que esterilizaba la coordinación entre arqueólogos y lingüistas está ya superada, y las hipótesis van cercando cada vez más a la realidad.

Los apartados sobre el sículo y el mesapio serán leídos por el lingüista con el mayor provecho y en ellos los datos arqueológicos alegados esclarecen el problema de los orígenes de la lengua. En el capítulo del griego el autor hace uso del reciente desciframiento de la escritura cretense y sostiene resueltamente que la cerámi-

ca minia es el indicio de la primera invasión helénica, que aún no tocó Creta; me permito recordar que ya en 1944 (*Emerita* XII 266, 270) sostuve que tales invasores fueron precisamente los jonios.

La segunda parte del libro, que trata de los orígenes indoeuropeos, plantea con muchos nuevos puntos de vista esta cuestión. Prescindiendo de la clásica serie de palabras "culturales", que constituían invariablemente la base de la primitiva difusión que se suponía para los indoeuropeos, y plantea una serie de temas nuevos, buscando en el neolítico balcánico del III milenio el posible enlace con los primitivos indoeuropeos. Revisa el interesantísimo artículo de Trubetzkoy, el reciente trabajo de Palmer, sobre la organización social de hititas y griegos micénicos (v. *Transact. of the Philol. Society* 1954, p. 18 ss.) y es interesante que junto a las conclusiones enumere (p. 55) las dificultades, que no permiten una opinión cerrada que excluya la tradicional teoría de situar a los primitivos indoeuropeos en las llanuras al norte del Mar Negro y de los Cárpatos, y prefiera, en cambio, las culturas neolíticas del Balcán. Finalmente hace uso de las teorías de paleontología lingüística o de glottocronología de M. Swadesh (pp. 57 s., 10 s.), que permiten en la separación de dialectos comprobar la veracidad de los datos arqueológicos con los cálculos que resultan de comparaciones de palabras.

Estimulante es la lectura de esta obra, que invita a la discusión, no rehuye las dificultades y lanza al campo un poco escolástico de la doctrina de la "patria de los indoeuropeos" atractivas novedades.

A. TOVAR

LEJEUNE, Mitchel. "Celiberica". *Acta Salmanticensia*. Filosofía y Letras. Tomo VII, número 4. Universidad de Salamanca, 1955, 144 pp.

La epigrafía celtibérica es objeto en este libro de un estudio sistemático y exhaustivo. Es la primera vez que se intenta algo semejante desde que el desciframiento de la escritura ibérica, por don Manuel Gómez-Moreno ha hecho posible una distinción entre ibérico y celtibérico, distinción nacida y cada vez mejor perfilada por obra de J. Caro Baroja (1) y de A. Tovar (2).

Jalón muy importante en orden a la citada distinción y a la sistematización de conocimientos sobre la lengua de las inscripciones celtibéricas ha sido el *Léxico de las inscripciones ibéricas (celtibérico e ibérico)*, del último de los autores mencionados, donde ha podido dividir en dos secciones independientes nuestro caudal lingüístico en alfabeto indígena (3).

La labor de Lejeune estaba ya, por tanto, provista de valiosos antecedentes, y hemos de considerarla como importante aportación al darnos una síntesis crítica y sistemática de lo realizado hasta el día, además de lo que encierra de positivo progreso en determinados puntos.

Es lástima de que el autor no haya podido examinar directamente sino muy pocos de los documentos estudiados. La falta de seguridad en las lecturas, que sin ninguna duda habría subsanado en gran parte la visión directa de los originales, es una notoria limitación de esta obra, como nos muestra palpablemente el cotejo de su primer capítulo, dedicado al estudio de la inscripción grande de Peñalba de Villastar, con un reciente artículo de Tovar, que persigue el mismo objetivo, contando su autor con una lectura cierta obtenida a la vista del original (4).

Aunque ambos trabajos encierran progresos de interpretación, el de Lejeune adolece en importantes detalles de falta de una lectura cierta, con lo que ha de multiplicar las hipótesis y edificar en ocasiones sobre una base ilusoria.

Claro es que tampoco Tovar puede llegar a una comprensión meridiana del texto, ya que éste ofrece dificultades hoy insalvables, seguramente como consecuencia de nuestro escaso conocimiento del céltico continental y de la falta de otros textos epigráficos semejantes, que pudieran servir de base a la comparación. Pero sus hipótesis proceden de lecturas indudables, agotan las posibilidades de interpretación hoy existentes, y de su estudio habrá que partir en ulteriores revisiones.

Se ocupa Lejeune a continuación del estudio de los restantes grafitos de Peñalba de Villastar, sobre la base de las fotografías y copias de los mismos publicadas por Cabré y Gómez-Moreno, para pasar después a los textos celtíberos en escritura ibérica, de los que hace un útil catálogo.

El capítulo siguiente, dedicado al estudio

de la escritura ibérica, ofrece positivo interés científico. Parte el autor, por supuesto, de sistema de Gómez-Moreno, discutiendo aquellos puntos en que la identificación de lo leído en formas divergentes en distintos textos, o bien con nombres conocidos por otras fuentes, ha ido originando hipótesis diversas sobre las grafías o sobre la fonética celtibérica. Este capítulo puede ser muy importante como punto de partida para un más amplio estudio, que abarque todos los textos en escritura ibérica, habiéndose procurado antes, hasta el límite de lo posible, la localización de los puntos de origen, principalmente de las monedas. Así se podrá lograr, por una parte, el establecimiento de los hábitos gráficos locales, que parecen existir; por otra parte, las identificaciones toponímicas y étnicas, serán más seguras y precisas.

En el capítulo siguiente estudia Lejeune la téssera de hospitalidad de la colección Fröhner (5), texto celtibérico que el autor pone en comparación con otros monumentos hispánicos semejantes, para terminar el estudio de los textos con una consideración general de las tésseras de hospitalidad españolas, tanto en escritura ibérica como en escritura latina. Es interesante su observación (principalmente pp. 72 s.), reflejada en un mapa (figura 5), de que las tésseras figurativas que hoy poseemos aparecen localizadas exclusivamente en el área de las inscripciones celtibéricas. Es un rasgo que confiere carácter unitario y diferenciado del resto a dicha zona, en un aspecto independiente de lo lingüístico o gráfico, y que puede llegar a servirnos para el establecimiento de relaciones institucionales, etnológicas o artísticas, entre los celtíberos y otras poblaciones extrapeninsulares, con beneficio para nuestra comprensión de lo celtibérico. En cuanto a observaciones lingüísticas sobre los textos de las tésseras, contiene el capítulo algunas interpretaciones originales, que habrán de tenerse en cuenta en lo sucesivo.

Los índices que siguen son muy sistemáticos y eficaces y acaban de conferir unidad a la serie de estudios precedente: un índice de los textos, con dos secciones, una tabla de concordancia de las siglas utilizadas por el autor para designarlos, con los lugares correspondientes de las publicaciones en que han ido apareciendo, y un índice analítico, en el que para cada

uno de los fenómenos observados en cada texto se remite al lugar correspondiente del libro; un índice de palabras, tanto en escritura ibérica como en escritura latina, y finalmente, un índice morfológico y fonético, que en realidad constituye un estudio exhaustivo de la derivación, composición, flexión, partículas y fonética de los textos epigráficos celtibéricos. Rectificaciones de las lecturas, nuevos hallazgos, revisiones de las hipótesis, localización más precisa de los textos, coordinación con otros estudios de lingüística pre-latina, podrán y deberán ir perfeccionando las conclusiones a que llega en este libro Lejeune. Pero con él se ha conseguido algo tan importante como disponer ya de un tratado sistemático y exhaustivo de gran parte de los textos célticos de la Península.—M. PALOMAR LAPESA.

(1) *Emerita*, XI, 1943, pp. 32 ss.

(2) *Boletín de la Real Academia Española*, XXV, 1946, pp. 7 ss., *Emerita*, XVI, 1948, pp. 75 y ss. — *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, pp. 21 ss. y 168 ss.

(3) En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, Madrid, 1951.

(4) En *Ampurias*, XVII-XVIII, 1955-1956, páginas 159 y ss.

(5) Vid. noticia, del mismo Lejeune, en *Zephyrus*, III, 1952, p. 179.

LANE, Arthur: *Greek Pottery*. Londres, 1953, 2.^a ed. 62 pág. y 96. fotogr.

Es un breve y completo estudio de la cerámica griega. En el primer capítulo de la obra trata de cómo se hicieron y pintaron estos vasos; de forma sencilla y comprensible expone las fases por las que habían de pasar los vasos en el taller del alfarero griego: en primer lugar, la selección de la arcilla y la modelación del vaso por partes, separando el pie de la panza y del cuello y asas. La técnica de la pintura, especialmente la empleada para los vasos áticos de figuras negras y rojas, nos es hoy conocida gracias a los descubrimientos del doctor Schumann a base de continuadas experiencias; también Miss G. M. A. Richter, del Metropolitan Museum de New York, publicó, en 1923, su obra "The Graft of Athenian Pottery", que contiene un estudio técnico del barniz rojo y negro sobre cerámica ática.

El segundo capítulo está dedicado a la

exposición y origen de los usos, modelos y adornos de los vasos griegos en toda su extensión cronológica. A continuación, y en el tercer capítulo, hace un brevísimo bosquejo histórico de la producción cerámica griega, enlazándola con hechos históricos decisivos para la política y el arte griego. Completan la obra 96 espléndidas fotografías, ordenadas cronológicamente y precedidas por unas notas en las que se estudian las distintas fases de la cerámica griega, comenzando por la fase proto-geométrica y geométrica, y a través de la "orientalizante", proto-corintia y corintia, llega a la ática de figuras negras y rojas, a los vasos áticos pintados en blanco y unos ejemplos de vasos figurativos y termina con el estudio de la cerámica "beocia", del s. IV y III, monocroma negra que enlaza con la cerámica "campaniense" de la misma época.

La presentación de la obra es magnífica y será, sin dudar, un valioso instrumento de estudio, cómodo y provechoso, para el estudioso del mundo clásico.

A. SERRANO

CHARLESTON, R. J.: *Roman Pottery*. Londres, 1955, 48 páginas y 96 fotografías.

Era una auténtica necesidad disponer de una obra de conjunto de la cerámica romana, para ofrecerla a los estudiosos de Arqueología Clásica y evitar que se perdieran entre amplias monografías de uno u otro taller, o de tal tipo de cerámica, o en artículos sueltos en tal o cual revista, o en los, por necesidad, incompletos resúmenes de los manuales.

El presente libro viene a llenar ampliamente este vacío, sentido por todos, al hacer un estudio bastante completo de la cerámica clásica romana. Notamos que apenas hace referencia a la cerámica del barniz negro, la llamada por la escuela italiana "campaniense", y esto tal vez porque para Charlestone no entra en la entidad "cerámica romana" este tipo de cerámica, de tan genuina filiación griega.

En el primer capítulo estudia la cerámica de barniz rojo: la aretina, que por sus elementos técnicos de barniz (color y aplicación), el sistema de decoración en relieve con moldes y las estampillas, reclama para sus orígenes otros del Oriente Próximo: Pergamo, Samos... Es Arretium y después Puteoli y Cales, los principales cen-

tros productivos de esta cerámica. Al producirse la descentralización en la segunda parte de la primera mitad del s. I, son los talleres de la Galia, primero los del Sur y en el s. II los del Centro, los más dignos herederos de esta cerámica de barniz rojo itálica. Contemporáneamente estudia la variedad de la "cerámica jaspeada", fabricada principalmente en La Graufesenque.

El segundo capítulo, dedicado a la cerámica vidriada, cuyos orígenes se encuentran en Egipto y en el Próximo Oriente, trata de los distintos sistemas de producir esta impresión de transparencia: el método "lead-glazed", el primero importado en Italia; el "glazed-quartz firt", muy usado en el Egipto dinástico, y el "alkaline-glazed", con un origen propiamente mesopotámico.

El capítulo último está dedicado a la cerámica basta romana. El volumen que esta cerámica tiene en toda excavación de época romana reclama la atención de los arqueólogos y se siente cada vez más la necesidad de más amplios estudios. Charlestone, en pocas páginas, trata de este tipo de cerámica en su más exacta distribución, por provincias del Imperio; no hay centralismo aquí; las formas, los procedimientos son especiales de cada provincia: el grupo galo-belga, el británico, el de Rhineland, el de Nubia...

Completa la obra una amplia bibliografía, puesta al día, y 96 magníficas fotografías de otros tantos vasos que ilustran convenientemente el texto. Y todo ello en una espléndida edición, como todos los ejemplares de la serie inglesa "The Faber Monographs on Pottery and Porcelain".

A. SERRANO

GARCIA Y BELLIDO, Antonio: *Arte Romano*. Enciclopedia Clásica I. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Patronato "Menéndez y Pelayo". Madrid, 1955. 650 páginas, con 1.256 fotografías intercaladas en el texto.

El profesor García y Bellido acaba de ofrecernos otra y la más ambiciosa y madura de sus importantes obras, con las que tanto ha contribuido a enriquecer la bibliografía arqueológica universal en los últimos años. *Arte Romano* constituye una grandiosa síntesis del desarrollo artístico romano, a lo largo de su historia. En un

volumen denso y cronológicamente ordenado, con un amplio sentido de unidad, van desfilando nada menos que doscientas treinta fichas, densas de doctrina, ricas de bibliografía y para mayor claridad muy bien ilustradas. No juzgue mal el lector, por la denominación de fichas que hemos empleado; léase temas concretos, si se quiere, pues tal amplitud tienen y a su vez se agrupan en capítulos bien uniformes.

La distribución del texto en la forma indicada es uno de los grandes aciertos del autor, que con seguridad agradecerá el que leyere, ya que salva el gran escollo propio de las síntesis amplias, pues centra constantemente la atención sobre el hecho, la pieza capital, el ambiente, de tal modo que en todo momento el estudioso se siente firme y seguro, y sin distraerse goza del momento artístico que le interesa. En ello podemos decir, sin vacilar, que este libro supera todos los anteriormente trazados en línea tan ambiciosa. No es un ensayo sobre el arte romano, es un manual enciclopédico, en el mejor sentido de la palabra, del arte de Roma. Naturalmente, no es un libro arqueológico, sino una Historia del Arte.

Si los estudios clásicos en España, durante muchos años han sido patrimonio de pequeños cenáculos, últimamente se ha manifestado una voluntad de vitalización que es garantía del desarrollo futuro y buena prueba de ello ha sido el reciente Congreso de Estudios Clásicos en Madrid. La obra de García y Bellido aparece precisamente subrayando esta voluntad y desde este punto de vista auguramos que su trascendencia habrá de ser decisiva. Sólo con ello quedaría justificado el esfuerzo del Patronato "Menéndez y Pelayo", al editar esta Enciclopedia Clásica, que de modo tan brillante se comienza.

Si el texto es claro, profundo y de lectura agradable, la bella presentación y la enorme riqueza de su ilustración atraerán sin duda al gran público y de la familiarización de grandes sectores con el arte romano cabe esperar muchísimo. Felicitemos sinceramente al profesor García y Bellido, por una obra por tantos conceptos importante, que marca un hito gigantesco en nuestra bibliografía cultural.—J. M. de M

Bibliografía de los Estudios Clásicos en España (1939-1956). Redactada por un grupo de estudiosos y publicada con motivo del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos. Publicaciones de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, I. Madrid, 1956; XVI+456 páginas.

El objetivo principal de esta publicación —en la que se ha pretendido recoger todo lo publicado en los últimos quince años en España y en el extranjero, por estudiosos españoles—, es hacer un balance de lo realizado en España en esos años en el campo de los estudios sobre la antigüedad. Este balance no puede ser más favorable, sobre todo si se tiene en cuenta el ambiente, más bien poco propicio, en que tales estudios se desenvuelven en nuestro país, donde quienes a ellos se dedican, tienen que trabajar en circunstancias casi heroicas. Pero, a pesar de todo, esta publicación no deja lugar a dudas sobre el enorme desarrollo alcanzado en España por los estudios clásicos durante los últimos años.

En una veintena de capítulos que corresponden a grandes secciones (textos, diccionarios, lingüística, literatura, historia, etcétera), con las oportunas subdivisiones, y dentro de éstas por orden alfabético de autores, se recogen los trabajos, tanto libros como artículos. Particularmente importante es la contribución que representan los trabajos de arqueología, epigrafía y numismática (que ocupan más de cien páginas del libro), siendo también de señalar el volumen de los trabajos sobre historia, etnología, geografía, onomástica y lenguas primitivas de España, sectores en los que tanto se ha hecho en estos últimos años.

Aparte del índice general, un índice alfabético de autores, hace fácilmente manejable este repertorio bibliográfico, con el que se tiene a mano la fácil localización de poco menos que todo lo publicado por españoles en los quince últimos años, al mismo tiempo que el libro pone gráficamente de manifiesto cómo en un sector de la ciencia y de la cultura, indebidamente no demasiado apreciado por nuestra sociedad, un grupo de estudiosos ha trabajado con entusiasmo y ha conseguido magníficos resultados.—V. BEJARANO,

MALUQUER DE MOTES NICOLAU, Juan: *Carta Arqueológica de España: Salamanca*. "Servicio de Investigaciones Arqueológicas Salmantinas". Salamanca, 1956, XII, mas 160 páginas, con 35 figuras y un plano a 1/625.000.

En 1941, por iniciativa de don Blas Taracena, el Instituto de Arte y Arqueología "Diego Velázquez", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, inició la publicación de la *Carta Arqueológica de España*, con la aparición de la provincia de Soria. En 1945 se publicó por el mismo Instituto la de Barcelona; luego no se publicó ninguna más y al dividirse el antiguo Instituto y crearse el específico de Arqueología "Rodrigo Caro", aquella iniciativa quedó por el momento sin continuidad. Se pensó entonces que la Carta era una tarea que muy bien podrían emprender las instituciones locales por ser las

primeras interesadas y ahora el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación de Salamanca, acaba de publicar la carta arqueológica de la provincia, siguiendo las directrices acordadas en su día y seguidas en las Cartas de Soria y Barcelona.

Esta nueva Carta contiene una importante novedad en relación a las dos anteriores y es la incorporación de la epigrafía romana provincial, muy nutrida en Salamanca, que no figuraba en aquéllas, de tal modo que en apéndice aparte se relacionan 181 lápidas, entre las votivas, funerarias y lápidas referentes a la vía romana (miliarios, etc.). Un índice onomástico de las mismas completa esta nueva sección.

Es también interesante la amplia interpretación histórica sobre las primitivas poblaciones salmantinas, que precede al inventario de yacimientos y que permite valorar en su punto el estado actual de la arqueología salmantina.—A. SERRANO.